

CAROLINA AGUIRRE

BESTIARIA

Costumbres, manías
y rarezas de mujeres
fabulosas y reales

AGUILAR



ÍNDICE

Prólogo masculino	13
Introducción	17
Salón de belleza	19
A la hora señalada	21
El cromosoma chueco	25
Vendedoras de ilusiones	29
Me depilo, luego existo	32
El maquillaje circular	34
Somos lo que no comemos	36
Las gimnito y las gimuela	41
Mary Poppins y la linyera	44
Mal de amores	47
Dialéctica sentimental	49
Hasta que la muerte nos separe	53
El nuevo vicio de amar patanes	57
La vieja perinola	60

El arte menor de especular	63
El Veraz emocional	66
La poeta cargosa	69
Tres formas de curarse de amor	72
Avisos clasificados	75
Algunas profesoras particulares	77
La loca artista	80
Carta abierta a la incontrolable anciana tallerista	83
El placer de administrar	85
La mocita	90
Negocios sucios	93
La vieja binguera	97
Ser sola	101
La autoloser	103
La aventura de vivir en un mundo base doble	106
La solterona	109
La gordita híbrida	112
Afuera, la primavera inmundada	114
La mujerona	117
La intrusa	119
Las cinco mujeres de las que se enamoran todos los hombres	121
La acaparadora	125
Orsai	128
La michina de Las Cañitas	131
La invasión de las mosquitas muertas	134
La planta carnívora	136
Mesa para dos	139
Cursi	141
La boda real	142
Ombliquita	145
Menos 4	148

La esposa de	150
El feminismo paranoico	153
La vieja zángana	155
Mejores amigas	159
Efectos secundarios	161
La desubicada	166
Medias hermanas	169
Problemita	172
Pavita real	174
Sé lo que hicieron el verano pasado	177
Tenía que ser mujer	183
Flora y fauna de los barrios	185
La masturbación femenina	190
Instantáneas de un asado	193
De estratega y de loca	197
Viejos son los trapos	201
El masoquismo inquisidor	205
Mujeres que se enferman demasiado	207
El eslabón débil	211
Agradecimientos	213



PRÓLOGO MASCULINO

Intuyo, con dolor, que estas páginas serán leídas mayoritariamente por mujeres. Tengo dos razones para pensar así: uno, es probable que coloquen este libro en la sección femenina de las góndolas; y dos, los hombres no leemos a las mujeres, nos aburre muchísimo. Antes, a mediados de los años ochenta y por ahí, las hojeábamos un poco. Creíamos que iban a decirnos algo que no supiéramos. Pero no, decían lo mismo que dice todo el mundo, pero un poco más enojadas.

La literatura feminista no aportó claridad sobre el misterio femenino. Es más, lo oscureció bastante. El feminismo fue una tormenta pasajera en el mediodía de la mujer. Las escritoras pelirrojas no tenían la menor idea sobre lo que pensaba una rubia teñida. El comportamiento de una enfermera nocturna siguió siendo un jeroglífico para las profesoras de Letras. Las mujeres, igual que los hombres, escribían sobre lo poquísimo que habían visto, pero a eso lo llamaron "literatura femenina". Si alguna vez la cosa les funcionó, si hasta ganaron plata con eso, no fue por la calidad de sus

investigaciones, sino porque las mujeres son las únicas que leen libros. De no haber sido por eso, se morían de hambre.

Si realmente hubiera existido un libro revelador, un libro que explicase los secretos femeninos por los cuatro costados, los hombres habríamos adquirido en masa la enciclopedia. Porque no hay nada en todo el mundo que nos importe más; no pensamos en otra cosa.

A decir verdad, hay dos clases de hombres. El que dice "No entiendo *a las* mujeres" y el que dice "No entiendo *de* mujeres". El primero es un fanático, un hincha, y busca desesperadamente un libro esclarecedor sobre el tema; el segundo es un simple usuario de la mujer y se conforma con una revista chancha cada quince días. Yo hablaba de la mayoría noble, por supuesto.

Me declaro fanático. No entiendo *a las* mujeres y necesito alumbrar esa ignorancia. Pero además soy hincha de club chico, porque no entiendo, puntualmente, a la mujer argentina. De todos mis fanatismos, la mujer argentina es el único que no puedo explicar ni comprender. Entiendo un partido de fútbol, sé qué pretende de mí. Entiendo perfectamente una tira de asado, sus planteos, sus desplantes. Pero a la mujer argentina, no. La portuguesa, la italiana, la española, la alemana, todas ellas, tienen explicación. La mujer argentina es incomprensible.

Docenas de amigas, novias y conocidas me habían ofrecido prologar sus libros sobre mujeres. Y me vengo negando desde hace más de una década. Hoy, en cambio, aquí me ven.

Este libro, querido lector masculino que todavía estás leyendo al pie de la góndola, es un libro necesario para el hombre fanático. Ocupa un bache que nadie había transitado, pero también carga con la posibilidad de que sea confundido con otro trabajo femenino. ¡Dios no lo permita!

Quiera la suerte que los varones inquietos que pululan por las librerías puedan hojear las primeras páginas y lleguen, con suerte, a este prólogo que es una bandera,

una señal de alerta. Aquí hay un hombre que ya ha leído el libro y que ahora les habla con el corazón.

Todos los catálogos femeninos, hasta hoy, habían sido compendios parciales, bases de datos del feminismo politizado. Era necesario que llegara una de las nuestras a poner luz sobre este asunto tan complicado: la mujer. Y sobre todo, la compleja mujer argentina.

Si quien tiene ahora este libro en las manos es un hombre, uno de esos hombres varoniles que se guían por los prólogos y no por las solapas (eso es de putos), atención al dato:

—¡Este libro es para nosotros, no es para ellas! Lo ha escrito una mujer con problemas de personalidad, con desorden hormonal, con las rodillas llenas de cascaritas. A este librolito lo ha escrito, señores, una varonera.

Cumplo así con el deber masculino de alertar a mi raza. Lleven este libro, compañeros, regálenlo a un amigo hombre. Escóndanlo de las novias y las madres. Léanlo en el baño; guárdenlo en lugar seguro. Porque aquí están, por fin, las respuestas que buscábamos.

Carolina Aguirre vivió, durante larguísimos años, espiando a su raza desde múltiples bases de operaciones: los baños de chicas, los gimnasios, las peluquerías, los pijama partys, las reuniones de Avon, las tertulias secretas del feminismo, los vestuarios del colegio, las charlas íntimas de las azafatas. De lejos parecía una más, pero en su carterita, en lugar de pintalabios y colorete, en lugar de panfleto y consolador, llevaba un microscopio y un tubo de ensayo. Las otras nunca se dieron cuenta y bajaron la guardia en su presencia. La dejaron entrar, la dejaron husmear. Le mostraron escondites, le confiaron secretos.

No sabían que era una varonera, ni que estaba escribiendo un libro. Ella se jugó la vida por nosotros... Ahora, es nuestro deber escuchar lo que nos dice.

HERNÁN CASCIARI

Barcelona, 21 de abril de 2008



Bestiaria cuenta —como todos los relatos— dos historias.

La primera, sin querer, está emparentada con los bestiarios medievales, los libros de botánica, los diccionarios y la guía telefónica. Es, ante todo, un inventario imperfecto del mundo. Un glosario de estereotipos impuros de mujeres clasificadas según sus rarezas, su forma de divorciarse, sus métodos para superar una ruptura, el arco de su nariz, la pose del dedo meñique al tomar una taza de té, su rol en la escuela secundaria, el contenido de su cartera, el grado de impaciencia para disolver un caramelo en la boca o la relación con su padre.

Bestiaria es un bisturí. Un rayo de luz que descubre las imperfecciones en el pliegue de una tela. Una fórmula que intenta ordenar un universo; porque quien ordena, inventa una nueva estructura, un lenguaje, una forma de entender el mundo.

La segunda historia de *Bestiaria* es la mía. El libro recorre los años más importantes de mi vida. Cuenta los primeros

meses de convivencia con mi pareja, tres mudanzas apuradas, las peleas con mi madre, mi pasión por las golosinas, media docena de trabajos ruines y, por sobre todas las cosas, mi necesidad de escribir. Yo soy todas sus mujeres. No hay ninguna que no contenga mis angustias y mis preguntas. En todas estoy yo, incluso cuando me contradigo.

En *Bestiaria* se pueden leer las dos historias. Quienes busquen contradicciones y anécdotas femeninas leerán la primera. Los que sospechen que las mujeres son una excusa para escribir sobre la humanidad, serán lectores de otra. Y los que compartan conmigo el amor por los catálogos, las palabras y las rarezas, serán testigos de las dos.

Dos historias que a primera vista no tienen nada que ver entre sí: la historia de una matemática secreta cifrada en las mujeres, y la historia de una mujer que escribe. Todo al mismo tiempo, con las mismas letras, en la misma hoja.

CAROLINA AGUIRRE

SALÓN DE BELLEZA





A LA HORA SEÑALADA

Roberto Arlt contó una vez que su padre lo castigaba de una forma terrible: cuando se portaba mal, en vez de zurrarlo de inmediato, le avisaba que le iba a pegar a la mañana siguiente y lo mandaba a dormir. Esta advertencia, que a primera vista parecía civilizada, implicaba un doble castigo, porque prolongaba de forma anticipada la golpiza, transformando la vigilia en un oscuro pasillo hacia el desastre.

Cada vez que tengo una clase de gimnasia por la noche, todo el día me acecha el mismo fantasma que a Kafka antes de irse a dormir. Las imágenes del gimnasio me persiguen como una nube gris. Desde que me despierto hasta que el reloj me avisa que es hora de ponerse las zapatillas, sólo pienso en una cosa: cuánto tiempo de libertad me queda hasta la clase.

Yo odio el gimnasio, aunque tenga que ir toda la vida. Lo odio porque pone en evidencia mi vagancia, mi coordinación defectuosa y mis ganas de tirarme en la cama a atorarme con películas y masitas. Odio a los profesores aceitados que reparten esteroides entre alfeñiques resentidos y



pichones de pisteros. Odio a las recepcionistas que les dicen “negri” a las clientas y les hablan como si las conocieran de toda la vida. Odio las bebidas energéticas, la música bolichera, los espejos que cubren las paredes y la cama solar.

Sin embargo, con toda mi bronca y mi pereza, no soy la peor de todas. Estoy un paso más arriba que **la gorda caradura**, que desaparece después de pagar la cuota, pero un paso más abajo que la gordita chanta, la vieja de madera, la turríta, la ilusa, la atletoide y cualquiera de las golondrinas que se van en abril.

La gordita chanta es una adolescente acomplejada que reptá por la sala de musculación buscando los aparatos más obsoletos. Si toma clases, es la que apenas se yergue en los abdominales, la que elige las mancuernas de ciento cincuenta gramos y la que se toca los muslos, dolorida, después de la primera sentadilla. Su ropa se parece más a la de una adolescente deprimida que a la de una atleta: se arrastra con un jogging enorme y un buzo holgado de mangas muy largas que sólo dejan afuera las puntas de los dedos. Va a la clase sola y jamás habla con nadie en el gimnasio. Es como un espíritu oscuro que se chupa un mechón de pelo y mira de reojo el televisor, mientras las demás hacen su rutina.

A diferencia de la anterior, **la vieja de madera** está llena de entusiasmo. Es la primera vez en su vida que hace una actividad que no lleva masa de pionono, masilla epoxy o agujas de tejer. Suele inscribirse en clases de expresión corporal o aerolatino porque “siempre le gustó bailar”, pero es tan dura y exagerada que parece poseída por un demonio. En cuanto a la ropa, le gusta usar un pantalón bien inflado de tiro alto, zapatillas de astronauta y un buzo en los hombros por si refresca. En general, deja de ir en el invierno por las demandas de su familia, que no soporta cenar más tarde o verla llegar con una sonrisa.

La turríta, en cambio, no va al gimnasio a lavar culpas ni a bailar. Va a provocar, a deslizarse indecorosa por los aparatos, a seducir oficinistas regordetes. Usa siempre un



par de calzas blancas pegadas a la cola como una fina capa de pintura y un top que descubre su panza fibrosa surcada por dos gotas de transpiración. Pase lo que pase, jamás abandona su rutina. Sabe que sólo en ese salón es alguien para los demás; afuera no es más que otra moza maltratada por la anónima clientela.

Tampoco **la ilusa** va a hacer gimnasia; va a conocer gente. Es soltera, tiene treinta y tantos años, usa el pelo con reflejos y planchita, está siempre bronceada y vestida con un equipo deportivo impecable. Vive en Belgrano y todas las mañanas saca a pasear a su perrito histérico y lanudo, sale a correr alrededor del lago y a tomar un café a la confitería del Club del Golf. Siempre se la ve con su botellita de agua y las uñas esculpidas, aunque sólo vaya a la verdulería. Está convencida de que el amor de su vida puede estar en cualquier lado. ¿Y por qué no sudando en una bicicleta o corriendo hacia ningún lado sobre una cinta?

La atletoide, a contrapelo de lo que indica su nombre, no va al gimnasio a entrenarse; va a brillar. Es la única que ejercita en serio, que conoce los músculos que está trabajando, que tiene objetivos a largo plazo o que sabe en dónde están los vestuarios. En ese espacio es una suerte de celebridad. Es la deportista que no pudo ser, una Gabriela Sabatini de periferia. Los alfeñiques la admiran, los profesores la respetan como a una colega, las chicas la observan asombradas levantar pesas de ochenta kilos. En cuanto a la ropa, elige estar cómoda para maximizar su rendimiento. Usa conjuntos funcionales de corte masculino, y jamás se olvida el cronómetro, la cantimplora o las muñequeras.

Por último, como una masa uniforme de brazos y zapa-tillas berretas, están **las golondrinas**. Millones de chicas culposas que se probaron un pantalón del verano pasado y no les entró. Mujeres que vieron a Jane Fonda en la televisión y esperan imitarla. Esposas relegadas que quieren reconquistar a su marido. Madres primerizas con sobrepeso. Dieteras compulsivas que ya no bajan un gramo con el método de



24 → • CAROLINA AGUIRRE

Atkins. Mujeres que van al gimnasio por uno o dos meses con un puñado de expectativas irreales y que desaparecen, sin dejar rastro, cuando llega el invierno y los hidratos de carbono susurran su nombre provocativamente, desde las atractivas vidrieras de una confitería.